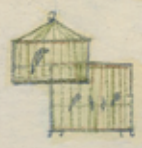


Érase una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, mas debía ser una auténtica princesa. De modo que viajó por el ancho mundo para encontrar una, pero dondequiera que fuese sucedía algo.

Princesas sí que había, para dar y tomar,
pero que fueran auténticas o no, nunca
conseguía averiguarlo, pues siempre había
algo que no le convencía.



Así que regresó a casa muy desconsolado,
tanto era su deseo de encontrar una
verdadera princesa.



Una noche que hacía un tiempo espantoso,
con rayos y truenos y con lluvia a cántaros
—¡era terrible!—, llamaron a las puertas
de la ciudad y el viejo rey salió a abrir.

